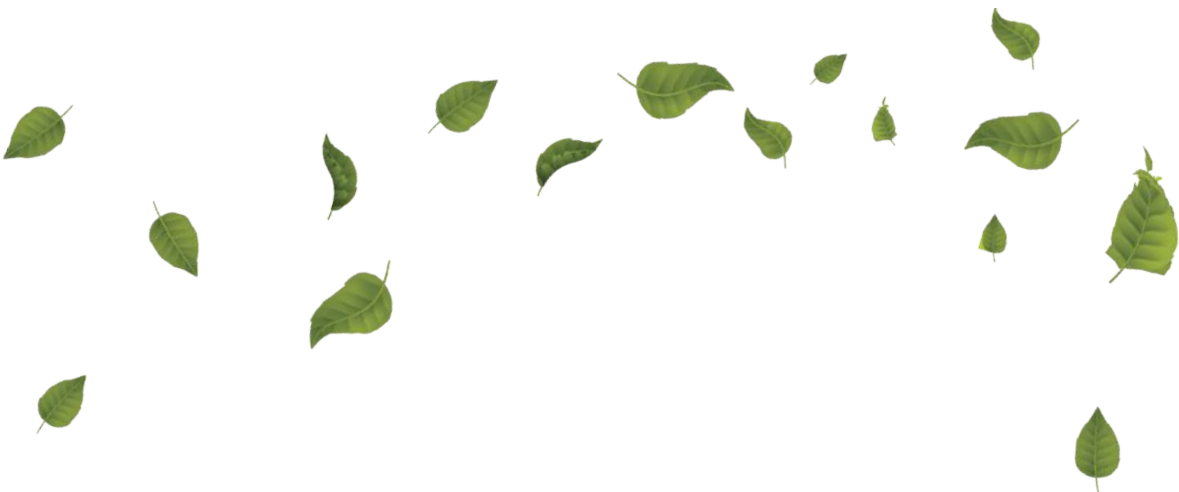


The background of the cover is a light green gradient with soft, wavy lines. Scattered throughout are numerous green leaves of various shapes and sizes, some appearing to float or fall. The text is centered and uses a clean, sans-serif font.

J. VLADIMIR
POLANCO

T. Olor a Tierra Nueva

La esperanza final
en Apocalipsis 20-22



Olor a
**Tierra
Nueva**

J. VLADIMIR
POLANCO

Olor a
**Tierra
Nueva**

La esperanza final
en Apocalipsis 20-22



IADPA

OLOR A TIERRA NUEVA



IADPA

Inter-American Division Publishing Association
2905 NW 87 Ave. Doral, Florida 33172 EE. UU.
tel. +1 305 599 0037 - mail@iadpa.org - www.iadpa.org

Presidente: **Saúl Andrés Ortiz**
Vicepresidente de Producción: **Elías Peiró**
Vicepresidente de Mercadeo y Ventas: **Clara Spengler**
Vicepresidente de Finanzas: **Moise Javier Domínguez**
Editor Sénior: **J. Vladimir Polanco**

Edición

Jorge Luis Rodríguez

Diseño, diagramación y portada

Kathy Hernández de Polanco

Copyright © 2025

Inter-American Division Publishing Association*

ISBN: 979-8-89914-099-0

283674

Impresión y encuadernación: Safeliz

Impreso en España / *Printed in Spain*

1ª edición: diciembre 2025


Procedencia de las ilustraciones: Istock, Shutterstock

Está prohibida y penada, por las leyes internacionales de protección de la propiedad intelectual, la traducción y la reproducción o transmisión, total o parcial, de esta obra (texto, imágenes, diseño y diagramación); ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia, en audio o por cualquier otro medio, sin el permiso previo y por escrito de los editores.

En esta obra las citas bíblicas han sido tomadas de la Reina Valera, revisión de 1995: **RV95**: Reina-Valera revisión de 1995 © Sociedades Bíblicas Unidas. También se ha usado la revisión de 1960: **RV60** © SBU, la **RVC**: Reina-Valera Contemporánea: © SBU, la **TLA**: Traducción al Lenguaje Actual © Sociedades Bíblicas Unidas, la **NVI**: Nueva Versión Internacional © Bíblica, la **NVI CST**: Nueva Versión Internacional Castilian © Bíblica, la **DHH**: Dios Habla Hoy © Sociedades Bíblicas Unidas, la **BLA**: La Biblia de las Américas: © The Lockman Foundation

En las citas bíblicas, salvo indicación en contra, todos los destacados (cursivas, negritas) siempre son del autor o el editor.

Las citas de las obras de Elena G. de White se toman de las ediciones actualizadas caracterizadas por sus tapas color marrón, o, en su defecto, de las ediciones tradicionales de la Biblioteca del Hogar Cristiano de tapas color grana.




Marian,
que el olor de la Tierra Nueva
perfume con esperanza
y ternura cada día
de tu vida terrenal.



CONTENIDO

Prólogo.....	8
1. El anhelo de un mundo mejor	12
2. La derrota definitiva del gran enemigo	26
3. Cuando los libros hablen	40
4. El día en que la muerte murió	54
5. Cielo nuevo y tierra nueva: el comienzo definitivo	68
6. De Patmos a la Jerusalén celestial	82



7. La Nueva Jerusalén: la ciudad de Dios	96
8. El paraíso de Dios.....	108
9. Los ciudadanos de la Nueva Jerusalén.....	122
10. «La guerra ha terminado ¡Podemos volver a casa!».....	136
Apéndice	152
1. El milenio ¿un periodo literal.....	153
2. La adoración: tema central del debate cósmico.....	156
3. La bestia, el falso profeta y su destino final.....	160
4. ¿Qué es la marca de la bestia?	164

PRÓLOGO

«EL QUE ESTABA SENTADO EN EL TRONO DIJO: “YO HAGO NUEVAS TODAS LAS COSAS”» (APOCALIPSIS 21: 5).

EN UN MUNDO donde se publican millones de libros cada año, hay obras que no solo se leen: se peregrinan. Este es uno de esos libros. En sus páginas, J. Vladimir Polanco nos invita a recorrer el tramo final del Apocalipsis —capítulos 20 al 22—, donde la historia humana alcanza su desenlace y el horizonte se abre hacia la eternidad prometida. Curiosamente, a pesar de nues-

tra profunda vocación profética, estos capítulos figuran entre los menos estudiados por la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Por eso, OLOR A TIERRA NUEVA: LA ESPERANZA FINAL EN APOCALIPSIS 20–22 responde a una necesidad real, no solo en el ámbito académico, sino también entre quienes se acercan al Apocalipsis para comprenderlo desde la fe.

Los capítulos 20 al 22 constituyen el clímax y la resolución del drama cósmico descrito por Juan. No es posible entender el Apocalipsis sin detenerse en su desenlace. En este sentido, esta obra nos entrega una llave que abre las puertas del misterio revelado de Dios y nos permite contemplar, con asombro y esperanza, la culminación de su obra redentora.

Desde las primeras líneas, el lector percibe que no está ante un texto meramente informativo; se encuentra, más bien, ante una travesía espiritual e intelectual hacia la tierra nueva que Dios ha preparado para sus hijos. El pastor Polanco escribe con el pulso de quien ha orado sobre el texto y con la mente de quien lo ha estudiado con rigor. El nivel académico que la obra presenta es excepcional: el análisis de cada palabra en su idioma original, la atención minuciosa a los contextos históricos y literarios que enmarcan cada pasaje, y la forma en que el autor muestra cómo el Apocalipsis recapitula todos los libros de la Biblia, hacen que sus conclusiones se mantengan en plena armonía con el esquema teológico de la Iglesia Adventista. Sin embargo, OLOR A TIERRA NUEVA no busca explicar lo inefable, sino mostrar que detrás de cada símbolo y de cada imagen late una verdad mayor: fuimos creados para vivir en comunión eterna con Dios, en un mundo restaurado.

Vivimos en una época en la que la palabra «Apocalipsis» suele asociarse con miedo, terror o especulación. Polanco nos recuerda que el corazón de este libro es Cristo, una revelación acerca de él y de su obra maravillosa a favor de la humanidad. El mensaje es de esperanza, no de temor. En cada página de esta obra se respira la certeza de que la redención de Cristo alcanza su plenitud cuando el pecado es derrotado y el universo recreado. Así, el fin del mundo deja de presentarse como catástrofe y se revela como redención, como un amanecer que marca el inicio de una nueva creación. OLOR A TIERRA NUEVA nos conduce a comprender que el fin del mundo es, en realidad, el comienzo de la historia eterna.

Esta obra une la precisión del investigador con la ternura del creyente. Su prosa transita entre la imagen y la idea, entre la contemplación poética y la reflexión doctrinal. Hay en su estilo un equilibrio que honra tanto al pensamiento como al corazón. Lo académico no sofoca lo devocional; lo literario no diluye lo teológico.


He tenido el privilegio de ser amigo de J. Vladimir Polanco y de acompañarlo en su andadura académica. Por eso, puedo dar testimonio de su fe sincera, su amor por la Palabra y su pasión por comunicar la verdad con belleza. Su trabajo combina la profundidad del estudioso con la humildad del discípulo. Este libro es fruto de ambas virtudes.

En medio de un mundo herido por el dolor y la desesperanza, OLOR A TIERRA NUEVA nos recuerda que esto no será para siempre. Jesús viene pronto, y con él un mundo nuevo, lleno de oportunidades donde la felicidad plena y verdadera podrá ser hallada. Quien abra las páginas de esta obra escuchará un llamado divino a no rendirse, a cerrar los ojos y a respirar el OLOR A TIERRA NUEVA.

Cristian Cardozo Mindiola, Ph. D,
es profesor de Nuevo Testamento
en la Universidad Adventista de Colombia, Medellín.

01

**EL ANHELO
DE UN
MUNDO
MEJOR**



**«NUESTRA
CIUDADANÍA
ESTÁ EN LOS CIELOS,
DE DONDE TAMBIÉN
ESPERAMOS
AL SALVADOR,
AL SEÑOR
JESUCRISTO»
(FILIPENSES 3: 20).**

AQUELLA mañana invernal desplegó ante mí un espectáculo que resumo con una palabra: sobrecogedor. Mis ojos, aún helados por el frío, se detenían maravillados ante un contraste asombroso: a un lado, un palacio colosal, majestuoso en su arquitectura, descomunal en proporciones, pero doblegado por el paso inexorable de los siglos, un espléndido monumento que luce entre-

gado al abrazo lento de la ruina. Al otro, al pie de la montaña, una ciudad viva, palpitante, como arrancada de una postal soñada, con un río inmenso y apacible que la bordea como una caricia de vida, regalándole frescura, verdor y silentes promesas de eternidad.

Fue en la legendaria ciudad de Heidelberg, al noroeste de Alemania, donde viví aquel instante inolvidable. Al llegar



Ilustración de las ruinas del castillo de Heidelberg, Baden Wuerttemberg, Alemania.

al icónico palacio, sentí que pisaba un umbral entre dos tiempos: el eco solemne del Renacimiento alemán y la nostalgia de su desmoronada grandeza.

El Castillo de Heidelberg es hoy una de las ruinas más emblemáticas de Europa; no obstante, sus piedras relatan una historia de esplendor y poder. Sus cimientos se remontan al siglo XIII, cuando se levantó como una fortaleza inexpugnable para los príncipes electores del Palatinado. Siglos después, sus muros, embellecidos por el refinamiento y la ambición, hicieron del castillo una de las residencias más imponentes del Viejo Mundo, un lugar donde la arquitectura coqueteaba con la inmortalidad.

Sin embargo, el paso ineludible de los siglos comprueba que la historia edifica, pero también destruye. Y el imponente castillo no sería la excepción. En el siglo XVII, la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) marcó su declive, y más tarde, la Guerra de Sucesión del Palatinado (1688-1697) trajo consigo la furia de las tropas francesas, que lo redujeron parcialmente a escombros. A pesar de los intentos por restaurarlo, en 1764 un rayo incendió sus cimientos, dejando en sus piedras la huella definitiva del abandono.

En el siglo XIX, el castillo resurgió de otra manera: se convirtió en un símbolo de lo romántico, en un monumento a la añoranza que evoca la gloria pasada. Hoy, sus esplendorosas ruinas aún vigilan el río Neckar y el casco antiguo de Heidelberg, siguen siendo testigos de la fragilidad y la grandeza de la historia humana.

Tengo la impresión de que así es nuestro mundo, como el Castillo de Heidelberg: una paradoja que se balancea entre la ruina y el esplendor, un lienzo tejido de cicatrices y maravillas, donde el pasado se resquebraja y el presente nos ofrece, en una misma imagen, flores que deslumbran y pétalos que se marchitan. Ante este contraste que habita nuestra realidad —entre lo que es y lo que anhelamos que sea—, surge en el corazón humano un murmullo profundo: el deseo de un mundo mejor.

EL ANHELO DE UN MUNDO MEJOR

Ese anhelo fue precisamente uno de los temas que abordó C. S. Lewis en una serie de charlas radiales impartidas en la BBC entre 1941 y 1944, y que, años más tarde, en 1952, reunió y publicó bajo el título de *Cristianismo... ¡y nada más!*, una

de sus obras más influyentes. En ella, el célebre pensador inglés defendía con lucidez los fundamentos esenciales de la fe cristiana y plasmó en tinta y papel ese deseo universal de trascendencia y plenitud.

Fue en esas páginas donde Lewis expuso una de las verdades más profundas de la experiencia humana. Con la claridad que lo caracterizaba, escribió:

«Si hallo en mí mismo un deseo que ninguna experiencia de este mundo puede satisfacer, lo más probable es que estoy hecho para otro mundo».¹

Tal vez ahí radica la verdadera razón por la cual nuestros más profundos anhelos siguen hambrientos, incluso cuando los alimentamos una y otra vez. Hay quienes creen que alcanzar la plenitud depende del dinero, el placer o el poder, pero cuando finalmente obtienen aquello que tanto desearon, descubren, con asombro y desaliento, que el vacío dentro de ellos es aún más profundo, puesto que han tratado de llenar su vida obviando que lo que realmente necesitan solo Dios se lo puede dar.²

La realidad es que este mundo jamás podrá satisfacer las apetencias de nuestras almas, porque no fuimos creados para habitar un lugar donde la ruina y la belleza coexisten en un frágil equilibrio. Nuestros primeros padres vivieron en un mundo donde todo «era bueno en gran manera» (Génesis 1: 31).³ El ser humano fue diseñado para un mundo perfecto, y hasta que ese propósito se cumpla, su alma seguirá anhelando las bondades de aquel otro reino al que, en lo más hondo, siempre ha anhelado pertenecer.

Salomón expresó con claridad por qué habita en nosotros ese afán profundo de algo más grande que todo lo que este mundo, en su miseria y fugacidad, puede ofrecer. El Sabio declaró: «Todo lo hizo hermoso en su tiempo, y ha puesto eternidad en el corazón del hombre» (Eclesiastés 3: 11). Tras ponderar brevemente el significado de «eternidad» (heb. *hă 'ólām*) en el pasaje, el biblista C. L. Seow, comenta:

«Significa simplemente “eternidad”, aquello que trasciende el tiempo. Se refiere a una percepción de lo que es atemporal [...]. El punto que plantea Qohelet es irónico: el mismo Dios que ha hecho todo apropiado a su tiempo, también ha puesto en el corazón humano *un sentido de lo eterno*. El

mismo Dios que ha dado (*nātan*) a la humanidad una ocupación (versículo 10), ha dado (*nātan*) también esta “eternidad”».⁴

En esa breve afirmación del Sabio se encierra una verdad inmensa: fuimos creados con el anhelo de lo eterno, con el pulso del infinito latiendo cada día en lo más hondo del corazón humano. Es esa acción divina —la de poner en nosotros un vivo deseo por lo eterno— la que, en última instancia, puede ayudarnos a obtener una mejor comprensión del mundo que habitamos. Y es que Dios «ha establecido en [el ser humano] un impulso que lo lleva más allá de lo temporal hacia lo eterno: está en su naturaleza no contentarse con lo transitorio, sino romper los límites que esto le impone, escapar de la esclavitud y de la inquietud que lo aprisionan, y, en medio de los cambios incesantes del tiempo, consolarse dirigiendo su pensamiento hacia la eternidad».⁵

Solo a la luz de ese anhelo que trasciende lo visible es posible entender por qué nada aquí nos sacia del todo, y por qué incluso en medio de la belleza más sublime, persiste un eco de incompletud en nuestras vidas. Ese deseo no es una debilidad, sino una huella: la marca del Creador en el corazón de cada uno de nosotros. Una marca que nos impele a buscar y dirigir la mente y el corazón hacia nuestra verdadera «patria». Somos extranjeros que peregrinan hacia su eterno hogar.

PEREGRINOS Y EXTRANJEROS

De ahí que el creyente es retratado en las Escrituras como un peregrino. En Hebreos 11 se despliega una extensa galería de héroes de la fe. Tras mencionar a figuras como Abel, Enoc, Noé, Abraham, Isaac, Jacob y Sara, el apóstol Pablo escribe unas palabras conmovedoras:

«En la fe murieron todos estos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, creyéndolo y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria, pues si hubieran estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver. Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial» (Hebreos 11: 13-16).

Estos personajes vivieron de cara a una realidad irrefutable: no pertenecían a este mundo. Su fe y su esperanza eran como motores que los impulsaban a buscar

«FUIMOS CREADOS CON EL ANHELO DE LO ETERNO, CON EL PULSO DEL INFINITO LATIENDO CADA DÍA EN LO MÁS HONDO DEL CORAZÓN HUMANO».

ferrosamente su verdadera «patria», la celestial, «la ciudad del Dios vivo» (Hebreos 12: 22). De ahí que se consideraban a sí mismos como «extranjeros y peregrinos» en este planeta. Aunque vivían en este mundo, sabían que no pertenecían a él. Su mirada estaba anclada en un propósito más elevado, uno que se extendía más allá de lo visible. Comprendían que lo terrenal era efímero, fugaz como el polvo del camino, mientras que la ciudad que alcanzaba por la fe —aunque lejana— tenía el peso de lo eterno. No vivían aferrados al presente, sino con el alma orientada hacia el porvenir, hacia esa patria prometida que aún no tenían, pero que ya sentían como su verdadero hogar.

Los patriarcas nunca llegaron a poseer la Tierra Prometida. Vivieron como nómadas, bajo el cielo abierto, con las estrellas como techo, sin establecerse de forma definitiva en ningún lugar. Esa condición de extranjeros no fue casual ni trivial: llevaba en sí una enseñanza profunda. Ellos sabían, con la certeza que solo da la fe, que no pertenecían a este mundo, porque se aferraron a la promesa.⁶

El autor de Hebreos recoge esta experiencia y la describe con tres palabras griegas, cada una con un matiz particular de extranjería. *Xénoi*, extranjeros o forasteros, una condición marginada y despreciada en el mundo antiguo. Los romanos se referían a ellos como bárbaros.⁷ Dice William Barclay

que «en los papiros, un hombre escribe que era despreciado por todos “porque soy *xenos*, extranjero”». ⁸ El extranjero era sinónimo de enemigo, por eso es que «muchas naciones tienen una sola palabra para ambos conceptos». ⁹ La segunda palabra es *pároikoi*, residentes foráneos, tolerados, pero con derechos limitados, casi siempre sospechosos o subyugados. Y la tercera es *parepídēmos*, visitantes temporales, sin un hogar propio, ¹⁰ que viven como quien está de paso, con el corazón siempre mirando hacia otra parte.

Como lo es ahora, ser extranjero en tiempos antiguos no era romántico ni heroico. Era sinónimo de vergüenza, exclusión y humillación, tanto para los pobres como para los poderosos. Por eso, la figura del forastero se convirtió, en la tradición cristiana, en símbolo de la fe verdadera: vivir en este mundo sin aferrarse a él, caminar entre lo visible con la mirada puesta en lo invisible. En realidad, el cristiano ha abrazado la misma condición que un día declaró Abraham, cuando en Génesis 23: 4 se identificó como «extranjero y forastero». Con esa confesión humilde, el patriarca constituye un ejemplo fehaciente del largo peregrinaje del pueblo de Dios: un camino que aún continúa, y que acabará cuando crucemos las puertas de la Nueva Jerusalén.

Desde Génesis hasta Apocalipsis, el creyente es retratado como un viajero. ¹¹ No un errante sin rumbo, sino un caminante con destino: un alma que avanza, con pasos de fe, hacia la Gran Ciudad, la patria prometida, el hogar eterno para los que no tienen hogar en este planeta. ¹² Es por esa Ciudad que estamos dispuestos a dejar atrás todas las ciudades. «Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir» (Hebreos 13: 14). ¹³ Como bien lo expresa el apóstol: «Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo» (Filipenses 3: 20).

Pablo dice que estos creyentes avanzaban mirando la promesa «de lejos». Curiosamente, también en la literatura clásica hallamos ecos de esta tensión entre la distancia y la percepción. Eurípides, el dramaturgo griego, escribió: «Las cosas no tienen el mismo aspecto cuando se ven de lejos que cuando se observan de cerca. Yo, por mi parte, saludo la desgracia». ¹⁴ Pero mientras el poeta griego abrazaba la tragedia como destino, los héroes de la fe saludaban la promesa de una tierra prometida.

Aunque comprendieron que la revelación divina apuntaba hacia un tiempo aún distante, ellos tuvieron la grandeza de vislumbrar el panorama completo y no solo los detalles inmediatos. Supieron elevar la mirada más allá del presente. Aceptaron ocupar un lugar modesto dentro del vasto propósito divino, convencidos de que el Dios que les había dado la visión seguiría vivo y obrando aun después de que acabara la travesía terrenal de ellos.¹⁵ Como bien lo explica Simon J. Kistemaker, «con los ojos de la fe ellos vieron la bondad de Dios en el cumplimiento de las promesas a su debido tiempo».¹⁶

ANHELAR LA VERDADERA «PATRIA»

Hebreos sigue diciendo que aquellos hombres y mujeres de fe «anhelaban» una patria mejor: la celestial. No se trataba de un simple deseo pasajero, sino de una aspiración profunda, una inclinación del alma hacia lo eterno. La palabra griega que emplea es *oregomai*, un verbo que sugiere algo más que querer: es dirigirse hacia algo con todo el ser, aspirar con intensidad, avanzar con la voluntad puesta en una meta lejana.¹⁷

Platón usó ese mismo término para describir el impulso de la filosofía: «el anhelo constante del conocimiento de lo que es». Para los estoicos, el *oregomai* era la búsqueda del alma guiada por la razón, un deseo bajo control, sobrio, accesible a la mente humana. Para Filón, era nostalgia: un suspiro del alma por el mundo perfecto de las ideas, una memoria del hogar perdido.¹⁸

En Hebreos, el *anhelo* no se dirige hacia una idea ni se fundamenta en la naturaleza. Es la fe lo que lo impulsa. No nace de la razón, sino de una promesa.¹⁹ El creyente no camina hacia un ideal construido por la mente, sino hacia una ciudad que ha sido prometida por Dios mismo. Ese *anhelo* es el movimiento silencioso de todo el que ha escuchado la voz de la eternidad. No es una emoción exaltada que huye de la realidad, sino una voluntad serena y decidida que la abraza tal como es. Una voluntad que, aun en medio de la ruina, sigue caminando hacia la belleza prometida.

Al creyente cuyo corazón ha sido transformado por el Espíritu de Dios, lo terrenal jamás puede colmarlo por completo. Puede tropezar, sí; puede ceder, por un momento, a alguna tentación. Pero no permanece caído.²⁰ Lo terrenal, lo carnal, lo impuro, no le satisface. Hay en él un deseo más alto, un clamor que lo llama

hacia lo eterno, hacia lo celestial. Como bien lo expresa David F. Burt: «Lo terrenal nunca puede satisfacerle plenamente [...]. Anhela lo eterno, lo celestial».²¹

Es la actitud ante la promesa divina lo que define la dirección del corazón del creyente. Y cuando el alma responde con la obediencia de la fe —como Abraham, como todos los que saludaron la promesa desde lejos—, entonces la vida entera se orienta hacia lo invisible, hacia «la ciudad por venir», esa patria que aún no vemos, pero que por fe ya vivimos en ella. Junto con Henry Francis Lyte cantamos:

No debo estar buscando mi felicidad
ni construyendo mis esperanzas en esta región;
busco una ciudad no hecha de manos,
anhelo una tierra sin mancha de pecado.²²

Y así fue que vivieron los hombres y mujeres mencionados en Hebreos 11. Ellos nunca echaron raíces definitivas en los lugares donde residieron, ni volvieron sobre sus pasos al punto de partida. Ellos sabían que su hogar no estaba aquí. Su anhelo era otro: una patria que no pertenece a este mundo, sino al cielo, «suspiraban por una ciudad celestial».²³ Una patria distinta a cualquier nación terrenal, infinitamente superior, porque ha sido preparada por Dios, lleva el sello de su perfección y está libre de toda mancha o quebranto.²⁴

DIOS NOS «HA PREPARADO UNA CIUDAD»

Se cuenta que, durante la Segunda Guerra Mundial, un grupo de niños fue evacuado de su ciudad y llevado a vivir en una zona rural, lejos del peligro. Entre ellos estaba Pedrito, un pequeño de nueve años. Los adultos se esmeraban por mantenerlos alimentados y seguros, pero, a pesar de sus esfuerzos, Pedrito nunca dejaba de mirar hacia el horizonte.

Una noche, mientras los demás dormían profundamente, una enfermera lo encontró despierto, abrazado a una pequeña maleta desgastada.

—¿Por qué no duermes, Pedrito? —le preguntó con ternura.

—Porque tengo miedo de olvidarme de mi casa —respondió él—. No quiero acostumbrarme a este lugar. Mi mamá me dijo que, cuando todo termine,

vendrá por mí. Así que cada noche preparo mi maleta y de esa manera estaré listo cuando ella llegue.

Aquella sencilla escena conmovió profundamente a la enfermera. Pedrito vivía con la certeza de que su verdadero hogar no estaba donde sus pies pisaban, sino donde su madre lo esperaba. No sabía cuándo regresaría, pero estaba seguro de que volvería. Y por eso, vivía con la maleta en la mano y la esperanza encendida en el corazón.

He usado esta ilustración de Pedrito porque, en muchos sentidos, esa es nuestra experiencia. Vivimos en un mundo que no es nuestro hogar definitivo. Es cierto que estamos a salvo y salvos, que Dios nos ha brindado un cuidado maravilloso, que somos más que bendecidos, pero algo dentro de nosotros nos impele a seguir mirando hacia el horizonte. No queremos acostumbrarnos a este planeta, porque hemos escuchado una promesa: que Dios ha preparado una ciudad para nosotros. Por eso, como Pedrito, vivimos con la «maleta» de la fe en nuestras manos y la esperanza ardiendo en el corazón. Nuestra verdadera patria está más allá de esta tierra, y cada noche, cada oración, cada paso de avance nos va alistando para vivir en esa Ciudad.

Sabemos que el Señor «ha preparado una ciudad» para cada uno de nosotros (Hebreos 11: 16). Pablo no dice que Dios la está preparando, sino que ya la ha preparado. La acción está en pasado.²⁵ La obra está hecha. La ciudad está lista. No es un proyecto en construcción, es una realidad concluida, esperando a sus habitantes. Esa es la patria que nos pertenece, el lugar donde verdaderamente seremos nosotros, donde todo lo que anhelamos encontrará reposo. Es allá hacia donde vamos. No avanzamos hacia lo incierto, sino hacia lo que ya ha sido preparado para ti y para mí con amor eterno.

Al decir que Dios «ha preparado una ciudad», Pablo introduce una idea clave en el desarrollo escatológico y teológico de la Epístola: hay una promesa de un destino reservado, un lugar preparado de antemano para los fieles. El verbo griego *hetoimazō*, traducido como «preparar», aparece en otros lugares la Escritura. Se utiliza para hablar de la preparación de la tierra prometida (ver Éxodo 23: 20), de un lugar seguro para los fieles en el cielo (Juan 14: 2, 3) o en la tierra (Apocalipsis 12: 6), de la nueva Jerusalén que desciende del cielo (Apocalipsis 21: 2) y del reino preparado desde la fundación del mundo



No somos errantes
sin rumbo, somos
peregrinos que avanzan
hacia su destino celestial.



(Mateo 25: 34).²⁶ Esta recurrencia no es casual. En ella se revela una verdad teológica profunda: Dios no improvisa. Dios prepara. Dios actúa con antelación y propósito, pensando siempre en el bien de cada uno de sus hijos. Como bien lo declara Elena G. de White: «hay mansiones para los peregrinos de la tierra. Hay vestiduras, coronas de gloria y palmas de victoria para los justos».²⁷

En contraste con Babel y Babilonia, donde los propios hombres levantaron torres y ciudades para hacerse un nombre y alcanzar el cielo con sus propias manos (Génesis 11), Dios ha preparado una ciudad no para los que se exaltan, sino para los que lo aman. Una ciudad destinada a esos peregrinos y extranjeros que, con fe obediente, dejaron todo en la tierra para recibirlo todo en el cielo.

Juan Crisóstomo exhorta al creyente.


«Tengamos en nuestro espíritu a la ciudad de Jerusalén. Contemplémosla sin descanso, tengamos siempre delante de nuestros ojos su belleza. Es la capital del Rey de los cielos, donde todo es inmutable, donde nada es pasajero, donde todas las bellezas son incorruptibles».²⁸

Las palabras de ese maestro del cristianismo antiguo nos invitan a dirigir nuestros ojos más allá de lo visible, a vivir cada día con el corazón orientado hacia esa realidad que aún no vemos, pero que es más firme y duradera que todo lo que nos rodea. Porque cuando esa esperanza ocupa el centro de nuestra vida, nuestra forma de ver el mundo cambia. Ya no nos aferramos a lo efímero, ni nos

dejamos seducir por lo que parece, sino que vivimos con la certeza de que lo mejor aún está por venir.

Aquel contraste entre la ruina y la belleza que contemplé en Heidelberg fue mucho más que una postal inolvidable, fue una metáfora viva de nuestra propia existencia. Como el castillo que, aunque majestuoso, se desmorona con el tiempo, también nuestro mundo —y nuestro corazón— revela su fragilidad a cada minuto, a cada hora. Y, sin embargo, en medio de las ruinas, nos levantamos y anhelamos algo mejor. Ese esperanza de plenitud, de eternidad, de una patria mejor, no es una fantasía evasiva, sino una señal poderosa de que fuimos creados para algo más grande que este mundo que se balancea entre la decadencia y el esplendor.

Dios no solo ha puesto la eternidad en nuestro corazón, también ha preparado un lugar donde esa eternidad será vivida en plenitud. No somos errantes sin rumbo, somos peregrinos que avanzan hacia su destino celestial. No marchamos hacia lo incierto, nuestros pasos se enrumban hacia una ciudad real, establecida por Dios mismo. Vivamos, pues, como lo hizo Pedro: con la maleta de la fe en las manos y la esperanza encendida en el corazón, porque la ciudad que anhelamos no es un sueño lejano, es una promesa irrevocable que nos espera al final del camino. Sigamos caminando, con paso firme, tras el aroma de la Tierra Nueva.

- 
1. C. S. Lewis, *Cristianismo... ¡y nada más!* (Miami, Florida: Editorial Caribe, 1977), p. 135.
 2. Timothy Keller, *Dioses falsos: Las huecas promesas del dinero, el sexo y el poder; y la única esperanza verdadera* (Miami, Florida: Editorial Vida, 2011), p. 17.
 3. cf. 1 Timoteo 4: 4; Salmo 104: 24; Job 38: 7; Eclesiastés 7: 3: 11; 29.
 4. C. L. Seow, *Ecclesiastes: A New Translation with Introduction and Commentary*, Anchor Yale Bible (New Haven; London: Yale University Press, 2008), vol. 18C, p. 163.
 5. Carl Friedrich Keil y Franz Delitzsch, *Commentary on the Old Testament* (Peabody, MA: Hendrickson, 1996), pp. 687–688.
 6. Harold W. Attridge y Helmut Koester, *The Epistle to the Hebrews: A Commentary on the Epistle to the Hebrews*, Hermeneia—a Critical and Historical Commentary on the Bible (Philadelphia: Fortress Press, 1989), p. 329.
 7. Franco Montanari, en *The Brill Dictionary of Ancient Greek*, ed. Madeleine Goh y Chad Schroeder (Leiden; Boston: Brill, 2015).
 8. William Barclay, en *Palabras griegas del Nuevo Testamento - su uso y su significado* (El Paso, TX: Casa Bautista de Publicaciones, 1977), pp. 213, 214.

9. Gustav Stählin, «*xénos, xenía, xenízō, xenodocheō, philoxenia, philóxenos*», en *Theological Dictionary of the New Testament*, ed. Gerhard Kittel, Geoffrey W. Bromiley, y Gerhard Friedrich (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1964–), t. 5 p. 3.
10. William Barclay, *Comentario al Nuevo Testamento* (Viladecavalls (Barcelona), España: Editorial CLIE, 2006), p. 915; los *parepidēmos*, «ocupaban un estatus social más marginal», Craig R. Koester, *Hebrews: A New Translation with Introduction and Commentary*, Anchor Yale Bible (New Haven; London: Yale University Press, 2008), vol. 36, p. 489.
11. Jacob comprendió su vida como una «peregrinación» (Génesis 47: 9). El salmista se consideraba un «forastero» en la tierra (Salmo 119: 19). Pedro llama a los creyentes «extranjeros y peregrinos» (1 Pedro 2: 11).
12. Ver J. H. Elliott, *A Home for the Homeless: A Sociological Exegesis of 1 Peter* (Wipf and Stock, 2005).
13. A diferencia de las tiendas móviles en las que habitaban los patriarcas, la ciudad que ellos buscaban era la «que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios» (Hebreos 11: 10). El vocablo griego traducido como «fundamento» *temélíos*, usado tanto como adjetivo como sustantivo, se refiere fundamentalmente a lo relacionado con los cimientos o al acto de fundar algo sólido, ya sea física o metafóricamente. En su uso absoluto como sustantivo, designa específicamente la piedra angular o piedra de fundamento. Ver Henry George Liddell et al., en *A Greek-English lexicon* (Oxford: Clarendon Press, 1996), p. 789; Franco Montanari, en *The Brill Dictionary of Ancient Greek*, ed. Madeleine Goh y Chad Schroeder (Leiden; Boston: Brill, 2015).
14. Citado por James Moffatt, *A Critical and Exegetical Commentary on the Epistle to the Hebrews*, International Critical Commentary (Edinburgh: T&T Clark International, 1924), p. 173.
15. Ralph Earle, «Introducción», *Comentario bíblico Beacon: Hebreos hasta Apocalipsis* (Lenexa, Kansas: Casa Nazarena de Publicaciones, 2010), t. 10, p. 147.
16. Simon J. Kistemaker, *Comentario al Nuevo Testamento: Hebreos* (Grand Rapids, MI: Libros Desafío, 1991), p. 382.
17. Ceslas Spicq y James D. Ernest, *Theological Lexicon of the New Testament* (Peabody, MA: Hendrickson Publishers, 1994), pp. 591–592.
18. Hans Wolfgang Heidland, «*orégomai, órexis*», en *Theological Dictionary of the New Testament*, ed. Gerhard Kittel, Geoffrey W. Bromiley, y Gerhard Friedrich (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1964–), t. 5, p. 447.
19. *Ibid.*, p. 448.
20. «Porque aunque siete veces caiga el justo, volverá a levantarse» (Proverbios 24: 16); *cf.* Salmo 37: 24; Miqueas 7: 8;
21. David F. Burt, *Viendo al Invisible, Hebreos 11:1–40, Comentario Ampliado del Nuevo Testamento* (Terrassa (Barcelona: Editorial CLIE, 1991), vol. 135 p. 122.
22. F. F. Bruce, *La Epístola a los Hebreos* (Grand Rapids, MI: Libros Desafío, 2002), p. 309.
23. Ben Witherington III, *Letters and Homilies for Jewish Christians: A Socio-Rhetorical Commentary on Hebrews, James and Jude* (Downers Grove, IL; Nottingham, England: IVP Academic; Apollos, 2007), p. 314.
24. Juan Carlos Cevallos, *Comentario Bíblico Mundo Hispano: Hebreos, Santiago, 1 Y 2 Pedro, Judas* (El Paso, TX: Editorial Mundo Hispano, 2006), t. 23, p. 131.
25. «Ha preparado», *hetoimásen*, es un aoristo activo, indica que Dios ya ha completado la acción de preparar.
26. Paul Ellingworth, *The Epistle to the Hebrews: A Commentary on the Greek Text*, New International Greek Testament Commentary (Grand Rapids, MI; Carlisle: W.B. Eerdmans; Paternoster Press, 1993), p. 599; Marvin Richardson Vincent, *Word studies in the New Testament* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1887), p. 523.
27. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia* (Doral, FL: IADPA, 2008), t. 9, pp. 227.
28. Citado en Francisco Contreras Molina, *La Nueva Jerusalén: Esperanza de la iglesia* (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1998), p. 13.

